

PARTE V

EL CONTINENTE
NEGRO

TANZANIA

Tanzania es la primera escala del periplo por doce países de África, el continente más misterioso, más difícil de recorrer y tal vez menos explorado.

He comenzado el viaje en Nairobi, y al poco tiempo llegué a Tanzania. En la tres semanas recorriendo Tanzania he subido al Kilimanjaro, el techo de África, he disfrutado en dos de las mayores reservas de animales salvajes del mundo: el Parque Nacional de Serengeti y el Cráter de Ngorongoro, y por último, he vagado por la isla de Zanzíbar, un pequeño paraíso en el Índico donde se mezclan lo mejor del África negra y de la cultura musulmana. Por si fuera poco, la isla esta bien servida de playas espectaculares.

Pero vamos al principio. Tras un largo recorrido en avión desde las Islas Fiyi hasta Madrid, con breve escala en Estados Unidos, me embarqué en un vuelo barato Madrid-Nairobi con escala en Amsterdam. En Holanda pasé una tarde con mi amigo Jerome y su familia, tomando un café cerca de alguno de los canales que tejen esta joya europea habitada por gente guapa, cosmopolita e interesante. Sin haber dormido, agotado y ya de madrugada abandoné un Schipól casi vacío, embarcado en un viejo y sucio avión de *Kenyan Airways*, destino Nairobi. La paliza valió la pena porque solo pagué 320 euros usando el manido carnet de estudiante internacional que compré por cinco euros en un hotel de Ulan Bator.

Viajar por África ha sido una experiencia muy distinta a la vivida en cualquiera de mis anteriores andanzas. No puedo estar más de acuerdo con lo que escribe el periodista *Ryszard Kapucinski* en su magnifico libro *Ébano*: “tiempo ha, cuando los hombres atravesaban el mundo a pie o a caballo o en naves, el viaje los iba acostumbrando a los cambios. Las imágenes de la tierra se desplazaban despacio antes sus ojos, el escenario del mundo apenas giraba. El viaje duraba semanas, meses. El hombre tenía tiempo para familiarizarse con ambientes diferentes, con nuevos paisajes. El clima también cambiaba gradualmente, poco a poco. Antes de que el viajero de la fría Europa alcanzase el ardiente ecuador, ya había experimentado la temperatura agradable de Las Palmas, el calor de El-Mahara y el infierno de

Cabo Verde”.

“¡Hoy no queda nada de aquellas gradaciones! El avión nos arrebató violentamente del frío glacial y de la nieve para lanzarnos, el mismo día, al abismo candente del trópico. De pronto, cuando apenas nos hemos restregado los ojos, nos hallamos en medio de un infierno húmedo.”

En una pensión de Nairobi compartí habitación con Jean Luc, un mochilero francés/noruego que conocí en el aeropuerto y venía con el solo objetivo de coronar el Kilimanjaro. En mi primera salida del tugurio de tres euros la noche tuve la primera experiencia puramente africana. En medio de un tráfico caótico el *tuk-tuk* o moto-taxi de tres ruedas en el que me desplazaba para hacer alguna gestión maniobró violentamente e hizo un giro de 180 grados, saltando imprudentemente el estrecho bulevar de tierra que dividía los carriles de una avenida. Mi vehículo se plantó de costado en medio del carril contrario y fue embestido *ipso-facto* por un *matatu* o taxi-furgoneta, que no tuvo tiempo para reaccionar. Mi conductor salió disparado por el hueco de la derecha (los tuk tuks no tienen puertas o ventanas, solo una lona en la mitad superior y un parabrisas de plástico). Creo que quedó sin sentido y herido leve. Milagrosamente salí ileso, aunque terminé boca abajo, con la mejilla izquierda apoyada sobre el sucio y caliente asfalto. Mientras acudía un aluvión de curiosos hacia el lugar del accidente, hice un pequeño quiebro y escapé entre la multitud como el que huye de los enemigos en una fortaleza cuyo portón acaba de caer. Temía las pérdidas de tiempo, declaraciones y lentos trámites en la comisaría local. El atasco que nuestro incidente provocó fue monumental.

Al día siguiente partí en un autobús barato hacia Arusha (Tanzania), a trescientos kilómetros al sur del poco recomendable, peligroso y atestado Nairobi. Durante el paso de aduanas en la frontera sufrí el típico intento de timo del que son objeto muchos europeos que viajan en autobuses públicos. En la frontera el bus se detiene unos treinta minutos para que el chofer y sus pasajeros realicen los trámites aduaneros. Algunos incautos se acercan a cambiar dinero en las *casas de cambio*: chozas de paja con un par de bancos de madera, una mesa de chapa y un tipo sentado que espera, jugando con un fajo de billetes arrugados, para darte por tus dólares o euros un 10 o 15% más de lo que ofrece el mercado oficial. Los *comisionistas* captan al incauto turista tras pasar la aduana y lo empujan sutilmente hacia el kiosco de paja, mientras le van poniendo nervioso avisándole machaconamente sobre la ficticia partida inmediata de su autobús, y la conveniencia de darse prisa

para cambiar dinero. Si no cambia rápido, te quedas en tierra. Con la tensión del momento y una calculadora trucada caes en la trampa de un cambio 50% inferior al oficial. Por suerte tenía a mano mi calculadora, y justo antes de soltar los dólares me di cuenta del engaño. No hubo más consecuencias y subí al autobús, todavía vacío.

Arusha es el centro turístico más importante del norte de Tanzania. Está a mitad de camino entre los parques nacionales de *Kilimanjaro*, *Lago Manyara*, *Serengueti*, *Crater de Ngorongoro* y *Tarangire*. En esta ciudad de casi 300.000 habitantes bajo el *Mount Meru* se agolpan cientos de *safari tour companies*, la mayoría regentadas por europeos. Desde aquí pretendía organizar mi subida a los casi seis mil metros de *Uhuru Peak*, cima del Kilimanjaro. Un mochilero astuto me comentó que los precios para ascender a la cumbre eran demasiado altos en Arusha, y me convenció para que me acercara a Moshi, un pueblecito en las estribaciones del coloso nevado (cada vez menos). En Moshi traté con *touroperedores* tanzanos y rebajé el precio casi un 20% sobre Arusha, hasta dejarlo en 450 euros por una ascensión de cinco días, escoltado por dos porteadores y un guía local. La tarifa incluye el canon obligatorio por acceso y estancia en el parque nacional, además de comidas y alojamiento en los refugios durante la ascensión. No está permitida la ascensión libre, como me hubiera gustado.

AGONICA ASCENSIÓN AL KILIMANJARO

Llama la atención que esta montaña de 5.896 metros de altura situada muy cerca del Ecuador esté coronada por nieves, que hasta hace poco parecían eternas, y glaciares en retroceso. Estando uno en buena forma es posible alcanzar la cumbre sin ser un escalador técnico, aunque hace falta mucho sentido común.

Kilima significa montaña en *suajili*, hablado por diez millones de personas en Tanzania, Kenia, Uganda y parte de Congo. *Njaro* significa caravana, refiriéndose a las que en busca de esclavos se internaban hace dos siglos desde Zanzíbar hasta los grandes lagos, muy adentro en el continente. Félix, mi guía durante la ascensión, me diría a menudo *pole pole*, que significa *tranquilo, sin prisas*.

En marcha. Los primeros dos días de ascensión con Félix, el porteador Pascali y el cocinero Asante (que significa *gracias*) transcurrieron sin incidentes, siempre con la imponente mole de piedra y nieve irguiéndose amenazadoramente frente a nosotros. Al principio resultaba incómodo viajar con a tres tanzanos a mi servicio. Manolo Stanley. Solo me faltaba la sombrilla, la pipa, el monóculo y los baúles, y una caravana de 300 porteadores y guardia privada. Me tranquilicé cuando me explicaron que con el dinero que ganaban en una subida podrían alimentar a su familia durante un mes.

El plan para el primer día de ascensión era salir de Moshi, a 875 metros de altura, hasta alcanzar el refugio de *Mandara*, a 2.700 metros. Salimos muy temprano, y tras franquear la entrada oficial al Parque alcanzamos, bajo una lluvia torrencial e ininterrumpida, las estribaciones del coloso solitario tapizadas por una densa y asfixiante vegetación tropical. Árboles, agua, el *chaf chaf* de nuestros pasos, el rumor del agua cayendo sobre nuestras capuchas los helechos y el musgo. La cabeza baja, en silencio y sin descansar, agua. Llegamos a Mandara con el tuétano mojado, y tras un cambio de ropa y una cena a cuatro preparada por Asante, dormí como un lirón en una casita de madera mejor equipada de lo que esperaba.

Durante el segundo día caminamos sin tregua hasta el refugio de *Horombo*, mil metros más arriba. El blando océano de nubes quedó debajo y por fin escapamos de la humedad. Accedimos a una nueva dimensión llena de luz y un sol espléndido, compensada por un frío en aumento y un oxígeno menguante. La respiración se aceleraba y el cansancio empezaba a hacer mella. Durante el tortuoso camino nos cruzamos con otros viajeros que descendían. Algunos bajaban exultantes por haber alcanzado la cima, y los demás no querían hablar del tema y sólo pensaban en llegar a Moshi. Las cabañitas de madera de *Horombo* eran de estilo suizo, con unas literas magníficas para reponer fuerzas. Pensé en los hombros anónimos y mal pagados que habrían cargado toneladas de madera y materiales para construir una aldea de idílicas cabañitas en medio de la nada. Nada más esconderse el sol, Pascali cocinó tortillas y arroz y preparó un reconfortante té en una casucha apartada de los refugios.

Durante la tercera jornada subimos trabajosamente hasta el refugio de *Kibo*, a 4.700 metros, casi la misma altura que la cima del *Mont Blanc*, el pico más alto de Europa. Fue una jornada muy fatigosa. La vegetación había

desparecido y nos movíamos despacio por un paisaje lunar, pedregoso y hostil. Llegué al refugio agotado. Estaba formado por dos estructuras de madera mas grandes que las de abajo, una para viajeros o *mzungus* y otra para portadores, guías y el guardaparque. Dos toscas habitaciones con varias literas, suelo de tierra, sin cuarto de baño y temperatura bajo cero. *Kibo* estaba parcialmente ocupado por Paul, policía galés, Nicholas, dentista danés y Karen, empleada de banco alemana. Cada uno viajaba con guía y portadores propios. Hablábamos ansiosos y nerviosos sobre reto que se avecinaba: el asalto a la cumbre durante la madrugada. El frío dentro de la habitación era tal que no nos quitamos los guantes ni para cenar. Esta noche Pascali no cocinó, tal vez por la dificultad para hacer fuego. Me metí en el saco de dormir muy temprano, cubierto como una cebolla, con tres pares de calcetines, una camiseta térmica, cuatro camisetas de algodón, un jersey grueso y dos pantalones. Me levanté para orinar seis veces en cinco horas. La causa de tanta incontinencia eran las pastillas *Diamox*, que facilitan la absorción de oxígeno en la sangre pero relajan los músculos de la vejiga. En medio de un frío descomunal intentamos conciliar el sueño. La escasez de oxígeno, la angustia y la ansiedad provocada por el cercano y amenazante reto nos impidió pegar ojo.

Llegó la hora de la verdad. A medianoche nos *despertaron* los guías. Había que ponerse en marcha muy temprano porque después del amanecer fuertes vientos dificultan la ascensión y la cumbre se cubre de espesas nubes que impiden disfrutar de la vista. Tras enfundarme un tercer pantalón, guantes de esquí, balaclava, anorak y calzarme unas gruesas botas de senderismo, un Félix espabilado y pletórico de energía, chocando las palmas de los guantes, me *motivó* para ponerme en camino sin demora:

“Vamos Manuel, veamos hasta donde puedes llegar”.

A partir de ahora comienza la verdadera aventura:

Era una noche sin luna y sin estrellas, con un cielo encapotado. Mal augurio. Temblaba de nerviosismo. A mucho menos de cero grados e iluminando con pequeñas linternas la nieve que crujía bajo las botas, los cuatro europeos iniciamos silenciosamente, encabezados sólo por nuestros guías, la última y mas difícil ascensión.

Subíamos penosamente, con pasos cortos e inseguros, respirando rápida y pesadamente. Añorábamos la luz y el calor. Un par de veces silbé algo alegre para aliviar la tensión y matar el silencio, pero hubo unanimidad entre los expedicionarios cuando me pidieron que cerrara el pico.

Tras dos largas horas de silenciosa y extenuante ascensión estábamos a más de 5.000 metros, en el centro de una tormenta de nieve. El aire era casi irrespirable. Como en una maratón, el grupo comenzó a disgregarse, los jadeos de mis compañeros y sus guías quedaron ahogados por el viento y la distancia. Minutos más tarde los puntos de luz de las linternas de Karen y Paul habían desaparecido. Estoy seguro que a estas alturas todos maldecíamos la idea de llegar a *Uhuru*. Una hora de angustia después Nicholas y su guía también habían quedado atrás. Félix y yo estábamos solos. Le supliqué varias veces parar para descansar un par de minutos, pero el guía me lo desaconsejaba con firmeza. Mientras, la maldita tormenta de nieve seguía soplando de frente, haciendo cada paso más difícil. Resbalaba cada dos por tres en la nieve helada y sentía corazón como un martillo percutor. Para colmo, se fundió la bombilla de mi linterna barata. En este estruendoso silencio aderezado con jadeos y el rugir del viento, recordaba momentos dulces, deseando como loco que se aclarase la noche y saber cuánto quedaba para llegar, dónde estaba el final.

La enorme cumbre del Kilimanjaro tiene forma de meseta inclinada, con *Gilmans Point* en un extremo a 5.686 metros de altura, y *Uhuru Peak* a 5.896 metros en la otra punta. En medio, cuatro kilómetros de blanco, estrecho y zigzagueante sendero hacia el oeste.

Rasgando tímidamente la oscuridad fea y heladora aparecieron las primeras luces del amanecer. Llevábamos encima muchas horas de esfuerzo. Justo en el momento en que peor lo estaba pasando Félix me gritó: “¡¡ánimo, estamos cerca de *Gilmans Point*!!”. La claridad ganaba terreno poco a poco, venciendo a la tormenta, demasiado espacio. Por fin asomó el extremo superior de un gran disco anaranjado, sobre el horizonte de una alfombra de nubes grisáceas, infinitas y esponjosas. Nos aupamos con esfuerzo a un promontorio rocoso que sobresalía entre la nieve. Félix me inyectó una dosis de ánimo con un “¡¡hemos alcanzado *Gilmans Point*!!”. Con los pulmones en la boca hice un esfuerzo para apreciar el fabuloso espectáculo del amanecer. Pero estaba exhausto y hacía demasiado frío para disfrutarlo. Sólo pensaba en dar la vuelta y comenzar el descenso. Los demás habían quedado atrás hace tiempo. Tras vencer mi débil resistencia, Félix me hizo entender que no era el momento de rendirse, eran los últimos metros en pendiente fácil y poco inclinada hasta *Uhuru Peak*. Caminé torpemente y arrastrando los pies por un estrecho sendero excavado en la

nieve. Avanzaba como un zombi por un paisaje surrealista cerca del escarpado y peligroso borde del cráter. A la derecha el sol seguía su lento y majestuoso ascenso sobre el manto de nubes, a la izquierda pequeños glaciares de extrañas formas con sombras alargadas y fantasmagóricas, y debajo, la oscura y misteriosa profundidad de un cráter nevado de ocho kilómetros de diámetro. Mi ansiedad por llegar, el cansancio, la falta de oxígeno y el frío (-15 grados) anulaban los deseos de disfrutar de un paisaje que poca gente tiene el privilegio de ver. Mirando al suelo sólo pensaba en el próximo paso.

A las 7:00 am, una hora y media después de coronar *Guilmans Point*, Félix, que también caminaba con dificultad a pesar de haber hollado la cima de *Uhuru* más de cincuenta veces, se dio media vuelta y con la cara oculta por una gruesa bufanda, me señaló la bandera de cumbre con su índice enguantado. El ansiado objeto se divisaba en un promontorio a escasos cien metros. Emocionado comencé a correr hacia la bandera. Adelanté a Félix, pero me di cuenta de que me estaba asfixiando. Paré y tomé aire ruidosamente. Caminé jadeando otros sesenta metros, desbordante de ilusión. La bandera tanzana, rígida, petrificada y blanca por la congelación, quedaba ya a solo veinte agónicos metros. Comencé a correr otra vez. El anorak congelado crujía como un trozo de madera vieja. Los flequillos y cejas cubiertos de nieve asomaban cristalizados por las aberturas de la balaclava de lana. Cuando estaba a sólo dos metros salté hacia la bandera como quien se tira de cabeza a una piscina, como quien alcanza el paraíso. Abracé el mástil y me dejé resbalar mientras gritaba como un energúmeno. Lo había conseguido. Había llegado. Félix me abrazó y los dos saltamos.

La luz y limpieza de la gran cúpula azul eran indescriptibles. Se habían apartado las nubes y se divisaba el monte Kenia, el segundo pico más alto de Africa, ¡400 km al Norte! La mañana era fabulosa y la visibilidad excelente, pero el viento y frío que se colaba por las rendijas de la ropa no perdonaban. Sin embargo no prestaba mucha atención a estas inclemencias porque la satisfacción del objetivo cumplido me hacía perder la razón. Pero había que tener cuidado; en menos de un minuto volví a la realidad cuando se me agarrotaron los músculos de la mano y perdí el tacto. Todo por quitarme un momento los guantes para sacar un par de fotos.

Sin más demora iniciamos el descenso. Las energías habían retornado. Aunque parezca de perogrullo, no es lo mismo bajar que subir. Alcanzar los

4.700 metros de Kibo fue tarea rápida. El oxígeno aumentaba, la mañana avanzaba y la temperatura subía. Después del mediodía me encontré en el refugio con Paul, Karen y Nicholas. Habían decidido dar la vuelta nada más alcanzar Gilmans Point.

Me prometí que *nunca más*.

NGORONGORO Y SERENGUETI

Cuando compartes con desconocidos momentos de gran esfuerzo, sufrimiento o peligro, aunque sean efímeras horas, sus caras y nombres quedan grabados en la mente y retina más tiempo que las del compañero de trabajo, el primo segundo, el amigo de conveniencia o policía de barrio que has visto de refilón durante años. No he ido a la guerra, pero ahora entiendo el dicho de que no hay lazos de amistad más sólidos y duraderos que los que se tejen entre compañeros de pelotón, o de tragedia.

Tras despedirme de los socios de ascensión descansé un par de días en Moshi y, recuperado, tomé un autobús a Arusha, que me engullió como un Leviatán ruidoso y contaminado. Deambulando sin rumbo por la calle conocí, no recuerdo como, a *Evans*, *Fia* y *Shariffa*, naturales de Arusha. Estuvimos charlando toda la tarde en un salón de té repleto de gente local, sin ventanas y atendido por dos camareros de sucias chaquetillas blancas que caminaban arrastrando las chancletas. Mis nuevos amigos tanzanos me llevaron de *sábado noche* a bailar los ritmos africanos. En algún momento pensé que me movía al son de una cumbia o un vallenato. De hecho, el *DJ* pinchó bastante salsa caribeña. Al día siguiente me invitaron a almorzar en su humilde vivienda en los desangelados suburbios, carente de corriente eléctrica, levantada con tablones de madera deslavazados y chapa, rodeada por basura y encharcadas calles sin asfaltar.

Cuando me informé sobre los escandalosos precios de los safaris fotográficos organizados (más de ochenta euros por día y persona) decidí arriesgarme y visitar estos fabulosos parques de la manera más barata posible. Casualmente coincidí con las escasas semanas al año en que se producen las grandes migraciones: entre noviembre y diciembre millones de cuadrúpedos se desplazan desde el parque *Masai Mara* en Kenia hasta Tanzania. Aquí encuentran abundante agua y alimento y cazan en las

extensas llanuras de *Serengeti* o pastan plácidamente en el fértil cráter de *Ngorongoro*.

Tomé un autobús público desde *Arusha* a *Karatu*, cerca del cráter. En teoría, sólo cinco horas por carreteras enfangadas. El vehículo contaba con sesenta plazas sentadas, pero según el chofer éramos ciento diez, ya que cincuenta se aplastaban de pie en los pasillos. Era el único blanco y me miraban con curiosidad. Viajaban dignas señoras enfundadas en coloridos paños con sus niños colgados a la espalda y altos y delgados masai con su peculiar túnica roja cuadriculada, bastón y pesadísimos pendientes de aros y bolitas de colores que les estiraban los lóbulos hasta casi rozar los hombros.

Cada dos por tres el desvencijado trasto se detenía entre crujidos, y todos los pasajeros bajábamos ordenadamente para empujar. Era la única manera vadear los profundos charcos y zonas enfangadas que hacían impracticable un carril terroso, que más bien parecía una cicatriz en la sabana. Algunas veces el bus se inclinaba tanto que temí por mi vida: iba sentado cerca de una ventana sin cristales, y en caso de vuelco lateral imaginaba mi cara hundida en el lodo aprisionándome, seis *masais* y señoras con niño encima. Como era de esperar, los amortiguadores terminaron reventando, y el nuestro cetáceo de chapa quedó estancado, con 110 pasajeros tirados en algún lugar de lejanos horizontes planos, a muchos kilómetros de cualquier poblado.

Por si fuera poco, llovía sin piedad. Me separé unos metros del grupo y esperé al borde de la carretera el paso de algún vehículo. Una hora después emergió un *jeep* y, adelantándome a los demás, tuve la suerte de hacerle parar para recogerme. Los estoicos pasajeros del autobús siniestrado corrieron hacia él, pero tuve la *suerte del mzungu*; ser blanco en estas latitudes ofrece algunos privilegios. Me alejé del lugar, viendo a través del mojado parabrisas trasero la resignación de los que quedaban atrás. Mis nuevos compañeros eran seis alegres tanzanos que se dirigían a *Serengueti* a montar un campamento para un grupo de ricachones norteamericanos. Cambié de planes para adaptarme al nuevo viaje, y en vez de ir primero a *Ngorongoro* aposté por llegar con mis anfitriones hasta la entrada de *Serengueti*, a más de diez horas de conducción. Tendríamos que pasar por el *Ngorongoro Conservation Area (NCA)*. Al oscurecer nos quedamos a dormir en una inmundada pensión de *Mto Ma Bu*, el típico lugar a mitad de camino que olvidas pronto. En la despintada mesita de noche del dormitorio había una cestita de esparto con un paquetito de condón abierto y otro

cerrado. Sonaba música en algún lugar, pero me encasqueté los tapones e inmediatamente cerré los ojos y viajé a mi casa. Antes de amanecer ya estábamos desayunados, y un par de horas después nos internamos en el *NCA*. Los vehículos ocupados por turistas no tanzanos deben pagar 24 euros (una fortuna en este país) por el sólo hecho de atravesar el *NCA*. Por la tarde llegamos a *Naabi Hill Gate*, la puerta de acceso más importante a Serengeti, un parque de más de 13.000 km², tan grande como la provincia de Sevilla. Serengeti significa *enormes explanadas sin fin* y está declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO.

Los funcionarios de la entrada me preguntaron con qué tour organizado había llegado. Les contesté que viajaba solo. Después de una larga conversación, ignoraron mis súplicas y me denegaron el acceso al parque. Dijeron que era, en mucho tiempo, el primer *auto-estopista* que se presentaba en el acceso al parque, sin guía ni tour. Colocaron al polizón español en el asiento de copiloto del *Land Rover* de un empleado que salía del parque. De mala manera me hizo bajar en *Simba Camp*, un recinto abierto, redondo, vacío y pelado por donde había pasado cinco horas antes, y al borde del cráter de Ngorongoro. Sentado sólo en un tronco maldecía a los tanzanos. Inesperadamente, el corazón me dio un vuelco de alegría cuando se acercó un viejo *Jeep* blanco en cuyo asiento trasero iban Paul (el policía galés compañero de ascensión al *Kili*) y su esposa Rachel. Habían contratado un *tour* a Serengeti, iban de camino. Intuí que quedaba en el vehículo suficiente espacio para un gorrón. Viajaban con chofer-guía y con cocinero. Tras un *bocata* y una animada charla recordando el frío y la escasez de oxígeno, aderezado por un poco de lloriqueo por mi parte, el británico pronunció las ansiadas palabras. Puse a su disposición mi escasa comida y mi tienda de campaña, aceptando sin dudar, mientras visualizaba con ilusión una larga y gratuita excursión. No tanto.

El sistema de parques nacionales de Tanzania esta burdamente organizado para succionar el dinero de los *millonarios mzungus* (cualquier turista blanco). Las tarifas diarias por estancia y acampada son tres veces más altas que para los tanzanos, sólo se puede pagar en dólares o euros y la moneda local se cambia a un tipo abusivo. Los servicios que se obtienen por el dinero son escasos y el trato recibido de los funcionarios del parque es poco cortés. Teniendo en cuenta el coste de vida en Tanzania, el dinero que pagamos es excesivo. Cada año visitan el parque más de 90.000 turistas, o 250 al día. Los responsables argumentan que los ingresos se utilizan para la manutención del Parque y la construcción de escuelas. Abonamos 24 euros

por entrar o salir del Serengeti, 24 euros por cada día de estancia y otros 18 por cada noche de acampada en lugares preasignados, carentes de seguridad o servicios básicos. Calculamos que los gastos para mantener el parque son bajos, ya que un *ranger* (guarda-parque) cobra menos de 40 euros al mes y el parque natural está formado por extensas sabanas vírgenes, repletas de animales que llegan y se van a su antojo. La infraestructura es muy básica y está mal mantenida. Sin embargo, abonas diariamente más de sesenta euros, mas guía, cocinero, vehículo, comida etc. En términos relativos, cada día desembolsas una pequeña fortuna.

A pesar de todo, tantos inconvenientes quedan sobradamente compensados por el asombroso espectáculo y deleite para la vista que supone la concentración de decenas de miles de aves, reptiles, carnívoros y herbívoros en su estado salvaje, cazando, pastando, jugando, apareándose o interactuando en unos hábitats escasamente alterados por el ser humano.

En la gran migración al SERENGUETI se llegan a concentrar 1,6 millones de ñúes, 260.000 cebras, 440.000 gacelas, cientos de leones, antílopes, jirafas, buitres, jabalíes, hipopótamos, cocodrilos, búfalos, mandriles, impalas, hienas, chacales y cientos de elefantes, leopardos, guepardos y más de 530 especies de aves (más que en todo Norteamérica). Devoran cuatro mil toneladas de hierba diarias. No es posible imaginar tal concentración de vida y colorido sin haber estado allí.

Me dejo llevar por la descripción de Javier Reverte en su libro *El Sueño de Africa*:

“es el lugar del mundo donde hay una mayor concentración de fauna salvaje... Serengeti es escenario de una gran emigración, uno de los espectáculos mas fascinantes que el hombre del siglo XX puede todavía contemplar...la emigración de Noviembre y Diciembre camina detrás de las lluvias y a los herbívoros le siguen los depredadores...”. *“Era el mejor cazadero del mundo, los europeos y americanos pagaban verdaderas fortunas por lograr los mejores trofeos”*.

“En 1920, en una sola semana, dos americanos mataron en el Serengeti 323 leones desde un coche, y el hecho levantó enormes protestas entre los profesionales de la caza, lo que provocó la prohibición...a los profesionales les gustaba disparar de pie, esperando la carga del feroz felino, así era un verdadero deporte y juego limpio”

Dice el mítico cazador Hunter: *“hay pocas cosas en la naturaleza más terribles que la visión de un león cargando desde el mismo momento en que arranca hacia ti a una velocidad de 65 kilómetros por hora. Un hombre que permanece en pie, a sólo 30 metros del león que carga, no puede arriesgarse a fallar. Un león adulto pesa más de 200 kilos, y si te alcanza con toda la fuerza de su carga te arrojará al suelo con la misma facilidad que un hombre arranca un champiñón con el pie. Cuando la carga viene, hay que apoyar el rifle de inmediato sobre el hombro y disparar con rapidez sobre la forma parda que se mueve con la velocidad de un torpedo. Si tu disparo acierta, a menudo el león da un salto hacia adelante y viene a caer a 10 metros frente a ti. Si el hombre falla, será afortunado si tiene tiempo para un segundo disparo antes de que el león este ya sobre él...”*

El Serengueti es una colección de interminables llanuras de escasa vegetación, de transición entre bosque y estepa. Un matorral aquí, un árbol allá, una mole de roca con leonas acostadas que ignoran tu presencia y miran para otro lado, vigilando su territorio y evaluando las características del próximo festín, un leopardo amodorrado en equilibrio sobre la pelada rama de un árbol retorcido y seco, una fila de elefantes arrugados que desfila despacio en línea de a uno cimbreando sus trompas, hectáreas repletas de impalas de terso pelaje marrón y largos cuernos, mezclados con esa mezcla de toro y caballo que son los ñues, de grueso cuello y pelo gris pizarra, pastan tranquilos junto a grupos de antílopes que separados salpican la sabana. Más allá, algún cocodrilo inmóvil en una charca semiseca, esbeltas y frágiles jirafas que alargan el cuello para comer de ramas altas, furtivas manadas de desgarradas hienas de opacos ojos negros y hocico de perro. Espacio, silencio, vida y mucha paz.

EL CRATER DE NGORONGORO

Tras varios días dando vueltas en el viejo todoterreno descapotable, y ya hartos de tanto bicho, nuestro *Jeep* retornó hasta el borde del cráter de Ngorongoro. Dormimos en nuestras tiendas de campaña en el *Simba Camping Area*. A la mañana siguiente desayunaba en el exterior pan con mantequilla. Como por arte de magia la rebanada desapareció de mi mano: un águila en vuelo rasante me la había arrancado sin tocarme la piel. Por la noche el miedo a las hienas carroñeras que rondaban el camping en busca de restos de comida me impidieron salir de la tienda para *echar un pis*. Con

una superficie de mil m² y diez turistas acampados, el trozo de terreno que llamaban *camping* estaba custodiado día y noche por dos funcionarios con fusiles colgados al hombro. Por primera vez en mi vida un hombre armado me protegía de los animales, no de las personas.

El cráter de Ngorongoro es otra maravilla natural, también Patrimonio de la Humanidad. Volcán extinguido hace 2,5 millones de años, con una pared circular que se eleva 2.300 metros sobre el nivel del mar, 1.700 metros en su lado interior. El microclima de esta caldera perfecta hace que en sus 18 kilómetros de diámetro y 260 km² de lagos, ríos, áreas boscosas, jungla, zonas áridas, dunas de arenas y marismas, se concentren una variedad de fauna salvaje impensable en otras circunstancias. Un edén circular escondido por altísimos muros. Me recordó Petra, en Jordania, pero con una gran inyección de vida salvaje y vegetal.

Ngorongoro fue descubierto hace 200 años por una tribu masai. A muchos kms de distancia, durante una sequía brutal en la que el ganado de los masai moría por miles, un guerrero vio un pájaro con una hoja verde en el pico. Inmediatamente organizaron una expedición para seguirlo. Semanas después llegaron al Serengueti y vieron no muy lejos una espesa y baja nube gris, flotando aislada en un cielo limpio y azul. Fueron en pos de la nube hasta asomarse al borde del cráter. Cuando estática masa de microgotas se evaporó, los feroces guerreros creyeron haber descubierto el paraíso. Decenas de tribus masais decidieron emigrar a la zona.

Según se cuenta, el cazador Hunter viajó a Ngorongoro a principios del siglo XX con dos clientes norteamericanos. La abundancia de caza era tal que, cada poco tiempo, los tres hombres debían dejar de disparar para que las armas pudieran enfriarse.

Dice Hunter: *“el clima de Ngorongoro es casi perfecto, aunque el cráter esta cerca del Ecuador, gracias a la altura conserva un carácter fresco y agradable...aquí es siempre primavera. Con caza abundante alrededor, un arroyo de agua fresca en la puerta y bosques llenos de frutos, un hombre podría vivir aquí tan feliz como pudo vivir en el Jardín del Edén.”*

Dice Javier Reverte:

“Junto a la belleza del paisaje de Ngorongoro lo que más impresiona es la riqueza y la concentración de vida animal. Aquí llueve casi todo el año y

sus pastos atraen a millares de herbívoros. Tras ellos vienen los carnívoros y después los carroñeros. Una colonia de flamencos rosas anida en el centro del cráter. La presencia de lagunas de agua dulce da hogar a varias familias de hipopótamos. Y los mosquitos de la charcas constituyen una abundante dieta para millares de aves”.

Moravia describe el cráter como “*el mito del Paraíso Terrenal donde el hombre y los animales vivían en concordia antes de la expulsión de Edén*”

ZANZÍBAR

Tras pasar dos inolvidables semanas en el Norte de Tanzania descendí en dirección sureste, arrinconado en el asiento roto de un abarrotado autobús local, y rodeado de animales domésticos y bebés llorones. Buscaba la costa, hacia Dar es Salaam, capital de Tanzania. Mi plan era embarcar en un ferry que me llevase a Zanzíbar.

Dar es Salaam tiene poco que ofrecer al viajero, como suele ocurrir en las capitales de países poco desarrollados. Desordenada, sucia, incómoda y ruidosa. En la universidad me dejaron utilizar un ordenador para escribir este texto. Me llamó la atención que la numerosa población de origen hindú parece tratar con cierta altivez a los nativos africanos, y es propietaria de muchas empresas y comercios. Una situación parecida la había visto en las islas Fiyi. En un céntrico café me abordó un tanzano hindú bien vestido, con aspecto blando y desagradable, y me rogó que le disculpase por su franqueza pero que yo le ponía cachondo y le encantaría conocerme mejor.

Zanzíbar es una isla llena de magia en la que el tiempo se ha detenido y donde conviven armoniosamente una multitud de etnias llegadas de diversos lugares del Océano Indico. El bagaje histórico de esta isla es apasionante, resultado de su pasado como centro del comercio de esclavos y mayor exportador mundial de algunas especias.

Si en el Norte de Tanzania lo interesante fue la fauna y la naturaleza, en Zanzíbar ha sido su gente y sus paradisíacas y tranquilas playas. Pasé varios días en la playa de *Jambiani*, en la costa Este, en compañía de tres finlandesas, una inglesa y dos americanas. Desde luego, Zanzíbar es el lugar perfecto para una romántica luna de miel: la ciudad antigua y sus

callejuelas conservan su vieja fisonomía, ambiente y olores. La población local es amable y aún no está demasiado maleada por el turismo. Todo queda cerca y los precios son muy razonables. Existe suficiente infraestructura hostelera para atender los caprichos de turistas y mochileros. Pero lo mejor son las larguísimas playas de la costa Este, de fina arena blanca, un mar turquesa y cabañas para todos los gustos. Un magnífico lugar para desconectar y relajarse.

Sobre la historia de esta exótica isla, dice J. Reverte en *“El sueño de Africa”*:

“Zanzíbar es una isla alargada de 87 km de largo y 37 en su parte más ancha. Se dice que no hay barco que al cruzar desde el continente no pueda ser visto desde la isla, tal es la claridad de su cielo. Su nombre viene de “Zenji-Bar” o tierra de gentes negras. Esta isla ya se menciona en “Las mil y una noches”. En 1698, Seif bin Sultan, señor de Omán, envió una fuerza naval que acabó con el dominio portugués de esta isla. Pasó a formar parte del Reino Omani, que iba por la costa desde Somalia hasta Mozambique. El dinero comenzó a entrar a raudales en la isla, donde tenían residencia los principales traficantes de esclavos. Seyyid, sultán de Omán, decidió establecer su capital en Zanzíbar y hacerse rico con rapidez, trasladando hasta allí su corte desde la lejana Muscat, en el territorio de Omán. Se abrieron consulados de Francia, Alemania, Inglaterra, EEUU y Portugal. Seyyid, además de ocuparse de hacer más productivo el tráfico de esclavos, hizo plantar en todos los territorios cultivables de la isla árboles de clavo y, en menor número, otras especies como la pimienta y la canela. En pocos años, Zanzíbar llegó a ser la primera productora de clavo del mundo. Cuando murió, Seyyid dejó tres viudas, setenta concubinas y 36 hijos vivos de los 112 que tuvo.”

“La presión de los ingleses acabó con el tráfico de esclavos en 1888, y se procedió al reparto colonial de los territorios del Africa continental entre Alemania y Gran Bretaña. Zanzíbar se convirtió en protectorado británico. Nueve sultanes más continuaron la línea sucesoria se Seyyid Said. En Diciembre de 1963 la isla accedió a la independencia y se acogió a la Commonwealth. Pero en 1964 estalló una violenta rebelión entre los nativos africanos que en pocos días causó miles de muertos entre los árabes. Otros miles huyeron, mientras se instalaba un poder revolucionario en la isla. Los hijos de los esclavos liberados y los swahilis que habían vivido como siervos de los crueles sultanes durante decenios se cobraban

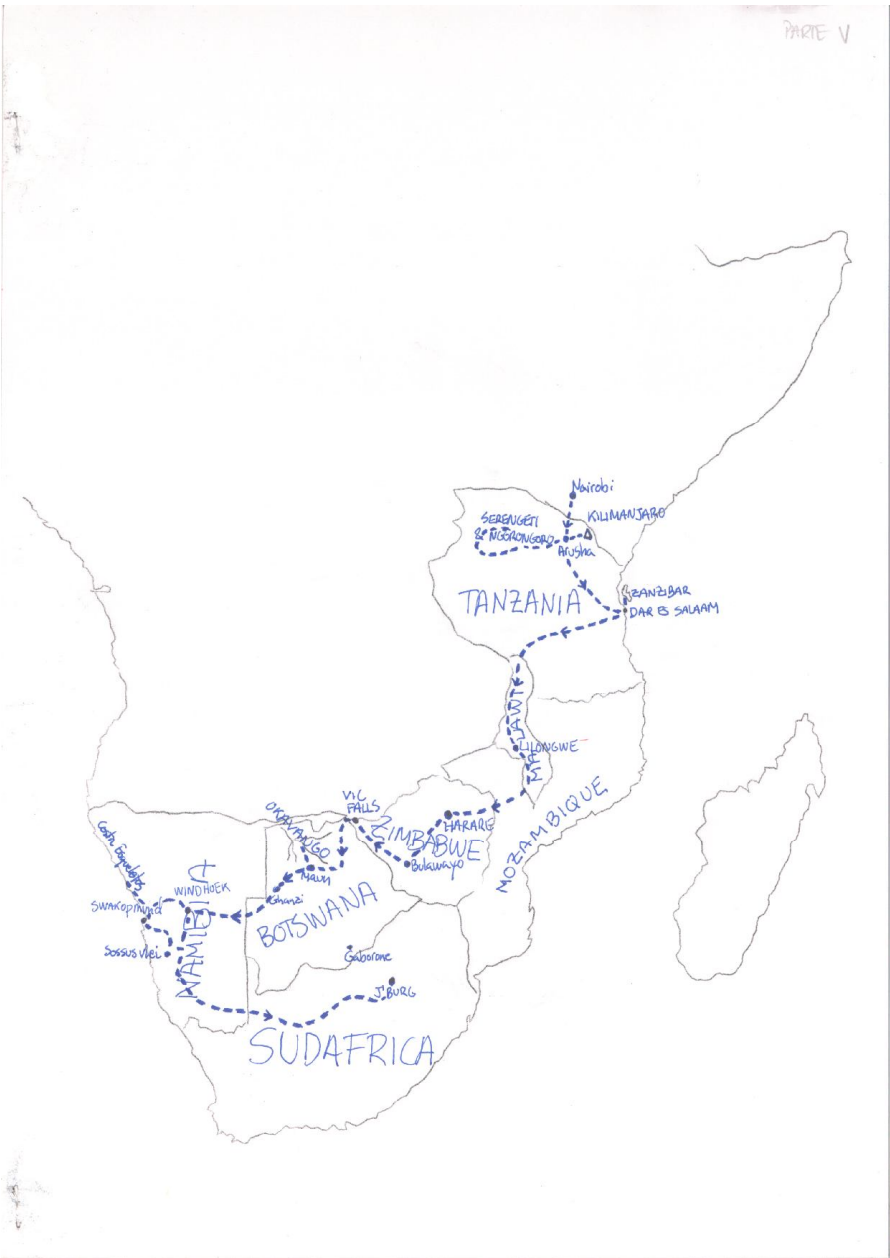
cumplida venganza de la nobleza árabe, de los nietos de los esclavistas y de los cortesanos de los reyes. La rebelión estaba apoyada por Dar es Salaam y por el Presidente Julius Nyerere. En poco tiempo, Zanzíbar y Tanganika se unían en una sola nación que recibía el nombre de Tanzania”.

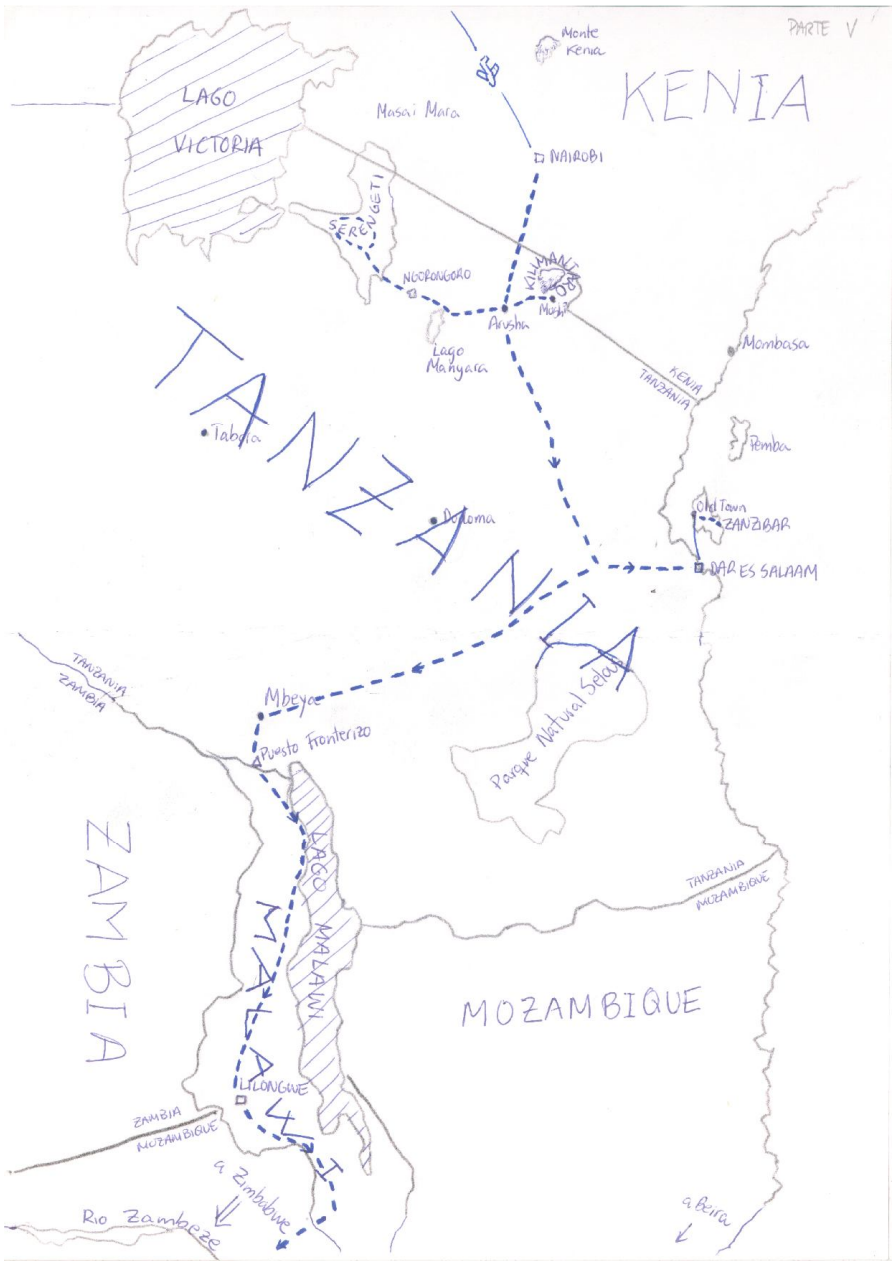
La historia de este lugar privilegiado esta empañada por su haber sido una enorme bocana que vomitaba esclavos hacia medio mundo. Se estima que durante cuatrocientos años entre 20 y 30 millones de africanos fueron enviados como esclavos a las américas. Viajaban durante dos o tres meses como sardinas en lata en viejos cascarones de madera, muriendo casi la mitad durante el infernal trayecto de hambre, sed y enfermedad. Lo que les esperaba después no era mucho mejor: una vida de esclavitud trabajando de sol a sol recogiendo algodón, cortando caña de azúcar, sirviendo en caserones estilo colonial, en Brasil, Caribe o Sur de Estados Unidos.

Dice R. Kapuscinski en Ébano: *“los traficantes de esclavos despoblaron el continente y lo condenaron a una existencia vegetativa y apática... hasta hoy en día África no se ha desprendido de esta pesadilla, no ha levantado cabeza tras semejante desgracia... las consecuencias también son psicológicas. Envenenó las relaciones personales entre los habitantes de África, les inyectó odio y multiplicó las guerras. Los más fuertes intentaban inmovilizar a los más débiles para venderlos en el mercado, los reyes comerciaban con sus súbditos; los vencedores con los vencidos y los tribunales, con los condenados. Semejante comercio marcó las psique del africano, con el estigma tal vez más profundo, doloroso y duradero: el complejo de inferioridad... En este comercio, Zanzíbar se revela como una estrella negra y triste...”*

Un día me invitaron a jugar un partido de fútbol en la playa, once contra once. El único blanco en el terreno de juego. Están acostumbrados a ver en televisión la Premier League inglesa y piensan que cualquier futbolista caucásico se llama o Cristiano o Ronaldo. A los cinco minutos el capitán de mi equipo, que perdía estrepitosamente, me sugirió con delicadeza que podía tomar un descanso. No me dejaron entrar otra vez en el campo.

Tras vagar durante varios días por las playas, con la ramita de trigo colgando de la comisura de la boca, descalzo, con pareo y cansado de estar tumbado boca arriba con las manos abiertas detrás de la cabeza, decidí que había que ponerse en marcha otra vez. Rumbo a Zimbabue.







TANZANIA: Félix en Uhuru Peak. ¡Coronamos el Kili!



TANZANIA: Serengeti. Niño-pastor Masai



TANZANIA: El Kilimanjaro, con 5896 metros



TANZANIA: En el refugio de Kibo con Karen, Nikolai y Pavel.



TANZANIA: Zanzibar. Atardecer visto desde el "Stone Town"



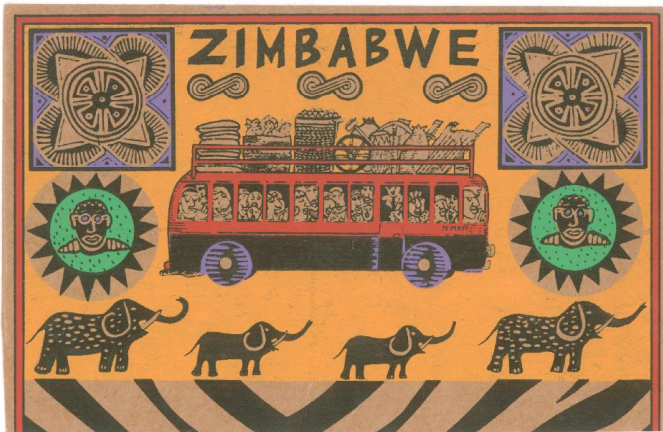
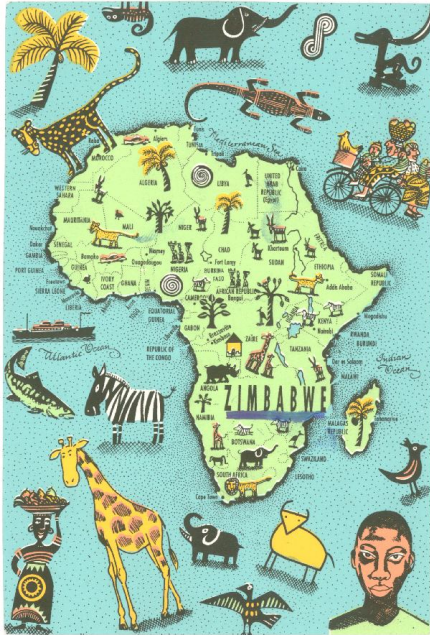
TANZANIA: Zanzibar. Preparada para comprar especias.



TANZANIA: Leones descansando en el Serengeti



TANZANIA: Panorámica del cráter del Ngorongoro





TANZANIA: Zanzibar. Atardecer en la playa.



TANZANIA: Zanzibar. Papá busca carnada en la arena de Jambiani